

hubiese él comido á su placer , y no solo él sino tambien sus criados y sus perros? Residuos tan abominables, en lugar de obsequio, ¿no serian el mayor insulto para el padre? Tal impiedad comete aquel jóven que gasta los primeros años de su vida en complacer al mundo, al demonio y á la carne, reservando para Jesús un vaso de vinagre, como los judíos, esto es, las heces de una vejez inútil, hedionda y corrompida. Tú que lees estas sencillas reflexiones, créeme, hijo mio, ofrécele al Señor, cual otro Abel, los primogénitos del rebaño: consagra á su santo servicio lo mejor y mas florido de tu edad, los primeros años, que son como los primeros frutos, de los cuales se estima mas una libra sola que muchos de los tardíos. Dios mirará con buenos ojos este sacrificio matutino; te colmará de gracias; te allanará el camino de la virtud que seguirás fácilmente hasta la vejez; te concederá el don de dones, la perseverancia final, cuya recompensa es la corona de la gloria que te deseo.

### BOCA QUINTA.

#### *La ociosidad y el juego.*

1. Con el mismo encarecimiento con que san Jerónimo escribiendo á Rústico le decia: *Facito ut te semper diabolus inveniat occupatum*: procura que el diablo te halle siempre ocupado, te lo digo á tí tambien, hermano mio: huye por Dios de la ociosidad, que como nos asegura el Espíritu Santo, es la madre y maestra de todos los vicios. Nosotros somos como las aguas que corren, *tantumquam aquæ dilabimur*: si el agua se detiene en un

charco, mírala ya corrompida y llena de insectos: lo mismo pasa en nosotros; si nos estancamos en la balsa de la ociosidad, luego, sin saber cómo, nos hallaremos llenos de todos los vicios; y especialmente del infame vicio de la impureza, del que es madre, segun dice san Jerónimo, la ociosidad que le engendra, sin que puedan impedirlo ni la santidad ni la sabiduría, y si solamente la ocupacion. ¿Quién mas santo que David mientras estaba ocupado? pero ¡ay!... que apenas se entrega al ocio, cuando cae en adulterio. ¿Quién mas sábio que Salomon? ¿quién mas casto, mientras se ocupaba en las grandes fabricas del templo y del palacio? Se concluyen las obras; cesa el trabajo; del ocio se deja llevar el Monarca á la impureza, á la idolatria. ¿Y quién llenó de nefandas abominaciones la ciudad de Sodomá, sino la ociosidad? Lo dice expresa y claramente el profeta Ezequiel: *Hæc fuit iniquitas Sodomæ... otium ipsius.* (Ezech. xvi, 49).

2. San Agustin confiesa de sí mismo, que apenas á los diez y seis años probó la ociosidad, cuando se vió lleno de vicios, especialmente contra la pureza, porque desocupado se juntó con malos compañeros, frecuentó los teatros, y sin advertirlo se halló esclavo de las pasiones mas vergonzosas. ¡Oh, cuántos cristianos experimentan la misma desgracia! Se entregan al ocio, y por pasar el tiempo irán al paseo, al teatro, á la tertulia, etc.; y allí es donde insensiblemente se corrompen sus corazones. No quiero decir que así suceda en las tertulias de personas honestas, donde se guarda la debida circunspeccion así en el tiempo y materias de que se trata, como en lo demás;



solo hablo de aquellas tertulias que por nuestra desgracia tanto abundan hoy día, en que no se observan las debidas circunstancias de tiempo, personas, asuntos, entretenimientos, etc. ¡Oh, qué juegos y acciones se hacen! ¡oh, qué libertades y ruindades se permiten á veces aun entre personas que se precian de honor! Por esto el docto Gabriel Quijano, considerando los grandes peligros que hay en tales reuniones, dice: Esta costumbre moderna de las tertulias es una invencion diabólica, que con el especioso título de urbanidad y pasatiempo introduce una infinidad de escándalos, sospechas y murmuraciones en el pueblo; es la ruina de las almas, lleva á un total olvido de Dios y á un sumo aborrecimiento de toda obra de piedad; son el desconcierto de la república, y en ellas tienen lugar todos los vicios capitales.

3. Y ¡qué peligro tan grande hay allí de perder la castidad! A la tertulia concurren gentes de todas clases, edades y sexos, solteros alegres y no pocas veces disolutos; casados poco circunspectos, por no decir licenciosos; doncellas y casadas muy adornadas y quizás con poca modestia, libres y desahogadas. Si el jóven Siquem por sola una ocasion que se le presentó de ver á Dina, moza de unos diez y seis años, hija de Jacob, se enamoró tan locamente de ella, que la quitó el honor, como se lee en la sagrada Historia, ¿qué sucederá en esas tertulias ó casas, en que tendrán millares de ocasiones de verse el mancebo y la doncella, no un dia solo, sino muchos dias, meses y años; y no solo de verse, sino tambien de hablarse, jugar y que sé yo qué mas? Si el

santo y casto David en la edad de cuarenta y nueve años, segun Alápide, con mirar una sola vez á Betsabé, cae miserablemente en adulterio; ¿cómo no temen caer aquellos jóvenes, que ni tienen la santidad de David, ni como él amortiguadas sus pasiones por la práctica de la virtud y por los años?

4. La ociosidad convierte el caudal precioso del tiempo en un fardo el mas pesado: y como para quitársele de encima, va el holgazan no solo á las tertulias, sino de tienda en tienda, de corrillo en corrillo, por las calles y plazas: en todos estos lugares se habla, se rie, se hace broma, y ya se sabe que no tiene gracia la bulla, si no va condimentada con la sal del demonio, que es la impureza. De aquí tantas palabras ambiguas, agudezas malignas, cuentos obscenos: de aquí el prurito de lucirse en la relacion de hechos á cual mas lascivos, que para referirlos es preciso haber perdido el pudor y la vergüenza. Y ¿cómo ha de ser otra cosa? A la manera que el médico conoce la indisposicion del enfermo por el color de la lengua y movimiento del pulso; así se conoce el achaque de esos infelices ociosos por sus palabras impuras y acciones y meneos indecentes, porque como dice la misma Verdad: *De la abundancia del corazon habla la boca.* (Matth. xii, 34). ¿Qué tal estarán sus corazones, si sus lenguas no saben ni pueden pronunciar otras palabras que liviandades, y sus bocas, semejantes á las del Vesubio, de continuo están echando llamas de impureza, ascuas del fuego del infierno? ¡Oh y qué daños causan esas malditas habladerías! Mas daño que cien demonios, dice san Li-



gorio, hace uno solo que hable deshonestamente; y la razon es óbvia y natural: mas pajarillos cogerá un buen cazador con un buen reclamo, que cien cazadores sin él. Y ¿no es el demonio el cazador de las almas, y los que hablan deshonestamente sus reclamos para atraer á las almas sencillas é inocentes? ¿á cuántas coge por este medio, que cien demonios juntos por sí solos no podrian inducir las almas al pecado? ¡Oh cuántos dicen mi vicio tiene principio de una palabra que oí... si no hubiese sido por un desvergonzado que hablaba mal, nunca habria yo aprendido tales obscenidades!

5. Millares de ejemplos podria referirte, hijo mio, en confirmacion de esta verdad. El Cantimprato hace mencion de un muchacho que en una tienda de carpintero oyó una palabra deshonestas: de ella vino en conocimiento de la maldad; luego pasó á la práctica, y de un acto á otro acto; ya puedes calcular qué hábito contraeria... San Bernardino de Sena cuenta que pasaba á sus diligencias por una calle cierta doncella de treinta y ocho años, que hasta aquella edad se habia conservado pura é inocente; oye por casualidad una palabra deshonestas de un ocioso desvergonzado; no la aparta, la retiene, se complace en ella; pasa á la delectacion, al consentimiento, al acto externo, y de un acto á otro se precipitó á tanta maldad, que yo dudo, dice el mismo Santo, que se pueda cometer mas. Mira, hijo mio, cuánto mal hace la ociosidad que, engendrando la lascivia, se vale de los ociosos como de apestados inmundos para comunicar el contagio á los demás.

6. Y en efecto, son los ociosos de una mane-

ra tan maligna, que no solo con el veneno de palabras inmundas matan á los presentes, sino que con la navaja de la detraction asesinan á los ausentes: ellos han de formar su haz; sea con mentiras, sea con crímenes ocultos; han de llamar la atencion del concurso, porque las cosas sabidas ya no tienen gracia, ya no dan gusto, ya no tienen auditorio. Ellos han de criticar al soltero, á la doncella, al casado, á la casada, al viudo, á la viuda, al letrado, al artista, al militar, al gobernante, al religioso, al sacerdote; pues á imitacion de Luzbel quieren hacerse semejantes al Altísimo, colocando su trono al lado de aquel Dios que ha de juzgar á vivos y á muertos; es decir, colocados ellos en el trono de su soberbia y atrevimiento, pretenden juzgar á buenos y malos, á grandes y pequeños. ¡Oh qué desórdenes se siguen de aquí! ¡qué contiendas! ¡qué disensiones! ¡qué enemistades! ¡Ay ociosidad! verdaderamente eres origen de todos los males y madre de todos los vicios.

7. Pero advierte, hijo mio, y horrorízate: la ociosidad por lo comun nunca va sola; lleva casi siempre consigo otro compañero y quizás peor que ella; este es el juego, otro fecundo semillero de males sin cuento. Antes de entrar en la materia, sabe y entiende, que mi moral no es tan severa, que piense proscribir el juego entre las personas honradas, que no le toman sino como distraccion y desahogo de ocupaciones serias; que no le destinan mas que un tiempo moderado, despues de haber cumplido con sus obligaciones, y en que no se atraviesan mas que ligeros intereses, que no pueden incomodar á los que pierden.



Con estos requisitos el juego puede ser una virtud en las sociedades del mundo. Menos riesgo tiene jugar de esta manera, que exponerse á maldecir y calumniar. Pero no juegan así los que solo juegan para buscar dinero y cuando llevan juego fuerte. Entonces no se puede dudar que entra aquí una guerra de codicia, ó como dice san Bernardo, es el juego la corrupcion de los pueblos, escándalo de los prójimos, padre de las blasfemias, madre de las mentiras, origen de discordias y abismo de desesperacion. San Antonino pasa mucho mas adelante y llega á decir, que apenasse hallará acto de que procedan mas males que del juego, y los va enumerando uno por uno hasta encontrar veinte y una especies de pecados, á saber: la pérdida del tiempo, la blasfemia, la contumelia, la dispacion de la hacienda, etc., etc. En el juego se pierde el tiempo, y el tiempo mas precioso que es el de la juventud; allí se acalora el jóven de tal manera, que de todo se olvida, no solo de sus deberes y de la sociedad, sino hasta de sí mismo; por de contado, no aplicándose al estudio, ó á su oficio ó facultad respectiva, saldrá un necio, un jumento; y si, como suele decirse, un buen asno es una mala bestia, ¿qué tal será si este asno es malo? Y malo será en efecto, por consecuencia del juego que le hará blasfemo. Una mesa de juego se ha de considerar como un castillo del infierno: de un castillo ó fuerte salen bombas, balas, etc.; así tambien de una mesa de juego salen bombas de blasfemias contra Dios, la Virgen santísima, Angeles y Santos; salen balas rasas contra el prójimo, metralla de maldiciones, desafios, contumelias y malos tratamientos con-

tra los mismos jugadores, contra los amigos y conocidos, contra los de su propia familia. ¡Oh cuántas veces sucede que la mujer y los hijos inocentes cansados de esperar hasta media noche que vuelva el jugador de desperdiciar el preciso sustento, recibirán por consuelo baldones, maldiciones, reniegos, improprios!... ¡Válgame Dios!...

8. El juego acalorado es un fuego de pólvora, que así como la pólvora encendida levanta bombas, arroja balas y vuela grandes rocas y edificios, tambien el juego enardecido no solo levanta bombas de blasfemias contra el cielo y contra lo mas santo y sagrado, echa balas de gravísimas ofensas contra el prójimo, sino que tambien vuela y disipa los patrimonios mas pingües y mas bien fundados. Por esto el Rey católico en la Real pragmática de 6 de octubre de 1771 prohíbe absolutamente á todos sin excepcion los juegos de envite, suerte y azar, añadiendo que en los juegos permitidos el tanto suelto no exceda de un real de vellon, y toda la cantidad de treinta ducados. ¡Oh qué providencia tan sábia y prudente!... pero locos los jugadores desprecian y huelan todas las leyes, no solo las civiles y canónicas, sino tambien la natural y divina con que se nos prohíbe ponernos en peligro de pecado y codiciar los bienes del prójimo, como sucede en el juego. Por lo tanto, hijo mio, huye de una diversion en que perderias el dinero, el tiempo, la paz con el prójimo y la gloria del cielo; huye de tantas casas de juego que para nuestra ruina ha procurado el espíritu maligno que se estableciesen en cada poblacion; créeme, húyelas como la peste.



### BOCA SEXTA.

#### *Amor á los deleites sensuales.*

1. Es una verdad constante y confirmada por la experiencia de cada dia, que la vida del hombre, como dejó escrito el santo Job, es una milicia sobre la tierra. Estamos expuestos continuamente á mil peligros, á mil conflictos, á mil muertes. Y ¿de dónde piensas, hermano mio, que dimana esto? De que todo lo que hay en el mundo, como dice san Juan apóstol y evangelista, es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.* (I Joan. II. 16). Aquí vienen figurados, segun los sagrados intérpretes, el amor á los deleites sensuales, el amor á las riquezas y el amor á los honores. Pues escúchame atentamente, y áprovéchate de las sencillas advertencias que voy á darte sobre el primero de estos amores.

2. Deleite sensual y lujuria se toman aquí por una misma cosa. La entrada de este vicio en el mundo data de la caída de nuestros primeros padres, cuyas circunstancias se refieren en el libro del Génesis, II y III. Puestos Adán y Eva en el paraíso terrenal, el demonio se valió de la serpiente para tentarlos, y sujetarlos á ellos y á toda su descendencia á su bárbaro dominio. Moviendo la lengua de aquel astuto animal, le hizo pronunciar aquellas fementidas palabras que dirigió á Eva, como á la parte mas flaca de los dos consortes: *¿Por qué os ha mandado Dios que no co-*

*mais de la fruta de todo árbol del paraíso? A lo que respondió la mujer: De la fruta de los árboles que hay en el paraíso comemos; mas de la fruta del árbol que está en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiésemos ni la tocásemos, no sea que muriésemos.* Replicó la serpiente: *De ningún modo moriréis.* Es preciso observar con san Bernardo los pasos de esta tentacion y tenerla presente, á fin de que no seamos preocupados y sorprendidos en otras tentaciones. Dios afirma: *Præcepit nobis Deus ne comederemus, et non tangeremus illud.* Eva duda: *Ne forte moriamur.* El demonio, por medio de la serpiente, niega absolutamente: *Nequaquam moriemini;* y aprovechándose de tan buena ocasion de la duda sobre las amenazas de la ley, da el último empuje á la fatal caída con embustes y blasfemias, prometiendo mil ventajas. Ve entonces la mujer que aquella fruta prohibida era buena para comer, y hermosa y deleitable á los ojos; no repara en extender su mano y cogerla, y comerla, y alargarla á su esposo para que la comiese, y este lo hizo en efecto. ¡Ay! ¡qué cambio tan repentino y tan funesto! Se abren los ojos de entrambos, y entonces al momento sintieron los fatalísimos agujijones de la impureza.

3. ¡Cuán presente tiene el maligno espíritu lo bien que le salió el ardid para cautivar á nuestros primeros padres! Por eso no deja pasar ocasion de urdir en daño nuestro la misma trama: así como en el paraíso echó mano del cuerpo de la serpiente, aquí en el mundo se vale de compañeros lujuriosos ó de mujeres desenvueltas para conquistar la castidad de los jóvenes. Oirás,



hijo mio, repetir con muchísima frecuencia siempre la misma cantinela, que de tan rancia ya fastidia: ¿Qué es eso de impureza? no es tanto como se supone el daño que causa: *Nequaquam moriemini*: no moriréis: no es tan grave el delito, no... ¡Santo Dios! ¡qué sagacidad tan perniciosa! ¡Cuán cierto es aquel adagio: *Piensa el ladrón que todos son de su condición!* Los lujuriosos, como que han perdido la vengüenza, imaginan y dicen que los demás cubren la deshonestidad con el velo de la hipocresía. Porque puede suceder que entre personas respetables haya alguna que se deje arrastrar de esta pasión infame, con mala lógica argumentan por el ejemplo, cuando deberian saber, que en lógica buena *ex puris particularibus nihil concluditur*: de hechos particulares no se puede sacar una conclusión universal. En el apostolado hubo un traidor: ¿luego todos los Apóstoles fueron traidores como Judas? Un militar ha sido traidor y perjuro: ¿luego todos los militares son traidores y perjuros? Un comerciante ha sido estafador y ladrón: ¿luego todos los comerciantes son estafadores y ladrones? ¡Qué dislates! ¡qué improcedencia!

4. Ten entendido, hijo mio, que semejantes sofismas no son sino artificios de que se vale el demonio para introducir con esta astucia el mas asqueroso y abominable de todos los vicios, el oprobio y el verdugo del linaje humano. ¡Oh, y qué estragos no causa este monstruo tan horrendo! Apesta, mata las almas con solo su aliento, con la hediondez de sus miradas inficiona los cuerpos, con su rostro pálido y desfigurado asusta á primera vista; y sin embargo, como por en-

salmo le abren las puertas, lo mismo las humildes chozas, que los sublimes palacios; así las aldeas, villas y ciudades, como las provincias y reinos enteros. Admitido el monstruo, vienen con él una hueste de enfermedades y vicios que trae consigo, á saber: la melancolía, el frenesí, la tísisis, la embriaguez, la envidia, la venganza, la discordia, la profanacion de los Santos Sacramentos, la falsa penitencia, compañera inseparable de los malos hábitos, ocasiones próximas y reincidencias, el cisma, la herejía, la apostasia, toda especie de delitos inundan la faz de la tierra, acelerando la muerte temporal y eterna á hombres y á mujeres, á grandes y á pequeños, á solteros, á casados, á ancianos, á viudos, á millares de víctimas que de todos estados, sexos y condiciones ofrece el mundo cada dia á las aras de su ídolo favorito, la pasión mas vergonzosa, el monstruo mas execrable. ¡Válgame Dios! ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar dia y noche la perdición de tantas almas? Y ¿habrá todavía quien á la funesta causa de tanto mal, á la impureza, se atreva á llamarla espantajo de niños, un escrúpulo, un desahogo indispensable? ¡Ah! solo puede hablar así aquel que familiarizado con este monstruo no hace caso de sus estragos. Comprendiólos san Ligorio cuando dijo: que todos los que se condenan se condenan por causa de este vicio, y que si por otro pecado se han condenado algunos, no están en el infierno sin este de la impureza.

5. Séneca, guiado solo por la razón natural, y amaestrado por la experiencia, llegó á afirmar que la deshonestidad era el mayor mal del siglo.



Ciceron dice que no hay peste tan maligna, ni que haga tantos estragos, como este maldito vicio. Y á la verdad, ningun género de peste causa tantas desgracias como la impureza: ella consume las riquezas y aniquila los patrimonios; quita el honor y la fama; destierra la paz é introduce el desórden en las familias; acaba con la salud y la vida de los cuerpos, y sepulta innumerables almas en los infiernos; de suerte, dice san Remigio, que son pocos los adultos que se salvan á causa del funesto vicio de la carne. Y cabalmente este es el vicio á quien está reservada pena mas intensa, segun aquella regla que señala el mismo Dios en el Apocalipsis (c. XVIII, 7): *Quantum glorificavit se et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum*. Ahora, pues, si el tormento debe ser proporcionado al deleite, siendo el deleite carnal el mas vehemente, vivo y atractivo entre todos los gustos humanos, como dice san Agustin en el libro XIV de *Civit. Dei*, cap. 16, se deduce por legitima consecuencia, que serán los deshonestos los que mas padecen y padecerán en los fuegos eternos del infierno. Allí exclamarán como Jonatás: *Paululum mellis gustavi, et ecce morior*: he gustado un poquito de miel de un deleite fugitivo, y hé aquí que me hallo afligido con estos tormentos de muerte eterna. Allí muriendo sin acabar de morir, entre los ardores de aquellas llamas devoradoras é inextinguibles, gritarán como el infeliz Epulon: *Me abraso en esta llama*.

6. De aquí puedes colegir cuán enorme sea la malicia de la lujuria; y no será difícil convencerle de que, despues del homicidio, es este por su naturaleza el pecado mas grave de cuantos se co-

meten contra el prójimo. Así lo enseña santo Tomás, y lo indica bien clara y explícitamente el mismo Dios en su santa ley, donde despues de haber prohibido el matar: *Non occides*, que es el quinto mandamiento, prohíbe en el sexto la impureza: *Non mœchaberis*, y en el nono hasta los deseos lascivos están condenados, pues dice la ley: *Nec desiderabis*, etc. (Exod. xx, 13, 14, 17). Y nota bien, hijo mio, que aquel Dios hecho hombre, nuestro verdadero legislador, el cual, como dijo él mismo, vino no para quitar ó abolir la ley, sino para darla un entero y exacto cumplimiento, en todo se portó irrepreensible; por manera que si algun escándalo manifestaron recibir de él los judíos, fue un escándalo farisaico como nacido meramente de su propia malicia: empero con respecto á la pureza se mostró tan cauto y mirado, que aun quando le observaban aun en las acciones mas pequeñas de su vida, nunca pudieron asirse ni de un cabello para calumniarle en este punto; ni en el decurso de su pasion y muerte ignominiosa osaron jamás ofender su recato con alguna accion menos decente. Y ¿por qué? ¡ah! porque este divino Maestro, que primero empezó á hacer y despues á enseñar, quiso dejarnos en su conducta un bellissimo espejo de aquella modestia que tan altamente recomendaba con sus palabras, quando decia: Cualquiera que fijare sus ojos en una mujer con mal deseo, ya se ha hecho reo de este delito allá dentro de su corazon: *Omnis qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam mœchatus est eam in corde suo*. (Math. iii, 28). Donde se ve, dice san Juan Crisóstomo, que Jesucristo no solo



nos prohibe las miradas lascivas, sino tambien los actos internos.

7. Esta misma doctrina enseñaron los Apóstoles: así es que san Pablo, escribiendo á los corintios, para desmentir á ciertos filósofos que fomentaban la grande inclinacion del corazon humano á cosas carnales, diciendo que la simple fornicacion no era grave pecado, les habla en estos términos: *Nolite errare: neque fornicarii... neque adulteri, neque molles, neque masculorum concubitores... regnum Dei possidebunt.* (I Cor. vi, 9, 10). No os engañeis: ni los fornicarios... ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los de pecados nefandos... poseerán el reino de Dios. Como si les dijera: hermanos míos dilectísimos, bien conocéis el ardor de mis deseos, y lo mucho que hago para que todos os salveis; pero tampoco ignoraréis los grandes esfuerzos que hace el demonio para perderos, quien así como en el paraíso terrenal se sirvió de la serpiente para seducir á nuestros padres; ahora se vale de algunos falsos filósofos que, halagando vuestras pasiones, tienen el atrevimiento de deciros que la fornicacion no es pecado; que podeis pasar adelante sin temor de perder la vida de la gracia; *nequaquam moriemini*; que no os faltará por eso la posesion del reino de Dios. Yo, pues, como apóstol que soy de Jesucristo, de aquel perfectísimo dechado de virtudes cuya pureza y modestia deben representar nuestros cuerpos como miembros suyos, os advierto que no seais fáciles en dar oídos á falaces y seductoras palabras, precipitándoos vosotros mismos y enredándoos en el lazo, con la falsa idea

de ser licita la fornicacion. Yo, de parte de aquel Dios que ha de juzgar á vivos y á muertos, os digo, que los que cometieren fornicacion, ó adulterio, ó qualquiera otra cosa deshonesta, como reos de un grave pecado, serán por siempre excluidos del reino de Dios. Con palabras semejantes á estas lo escribia á los habitantes de Éfeso: *Hoc enim scitote intelligentes, quod omnis fornicator aut immundus... non habet hereditatem in regno Christi et Dei.* (Ephes. v, 5). Porque habeis de saber y entender, que ningun fornicario é inmundo... tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.

8. No habla con menos claridad el príncipe de los Apóstoles san Pedro, exhortando á los fieles en su segunda carta. Así como, les dice, en otros tiempos hubo falsos profetas, habrá tambien entre vosotros falsos doctores, maestros mentirosos que introducirán sectas de perdicion, y negarán á aquel Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos su ruina. Y muchos seguirán sus disoluciones... cuya condenacion no se tarda, y su perdicion no se duerme. Y si Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, sino que atándolos con cadenas de infierno los arrojó al abismo para ser atormentados y reservados para el juicio; y si al mundo original, esto es, á los de antes del diluvio, no perdonó, mas guardó á Noé, octavo pregonero de justicia, trayendo el diluvio sobre un mundo de ímpios; y condenó las ciudades de los de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas á cenizas, poniéndolas por escarmiento de aquellos que viviesen en impiedad; y libró á Lot el justo, afligido de los ultrajes de aquellos abominables y de



su vida relajada; así el Señor sabe librar de tentaciones á los justos, y reservar los malos para que sean atormentados en el día del juicio, y mayormente aquellos que siguiendo la carne andan en deseos impuros y desprecian la potestad, osados, pagados de sí mismos, no temen introducir nuevas sectas blasfemando. (*II Petri*, II, 9, 10). A los justos que se aprovechan de los auxilios de la gracia para no dejarse arrastrar de los maestros del error, sabe Dios librarlos de la tentacion y del peligro; pero ¡ay de los pecadores! singularmente los lujuriosos, y que se atreven á introducir falsas sectas blasfemando, tienen reservadas exquisitas penas para el día del juicio. Estas penas serán la confusion y la vergüenza, cuando á la faz de todo el mundo serán tratados de embusteros, de seductores, de ministros de Satanás, de instrumentos de que se ha valido el demonio para perder á muchos, propalando que la deshonestidad no es pecado; cuando por complemento de su amargura verán venir sobre sí aquella terrible maldicion fulminada en otro tiempo contra la serpiente que sedujo á Eva, al eco de aquella sentencia irrevocable: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles: *Discedite à me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.* (*Matth.* xxv, 41).

9. Ahora bien, hijo mio, en atencion á todo lo dicho, ¿qué partido nos proponemos seguir? ¿qué resolucion vamos á tomar? ¿á quién hemos de creer? ¿á Dios, ó al demonio? Si creemos á Dios, que es la verdad infalible, que ni puede engañarse ni engañarnos, y conformamos nues-

tra conducta con esta creencia; quiero decir, si persuadidos de la gravísima malicia de la lujuria, huimos hasta la sombra de un vicio tan abominable, nos salvarémos. Pero si como Eva diésemos oídos, aunque fuese no mas que por un momento, á esas sierpes infernales, que á cada paso en los corrillos y en los libros repiten la cantinela: ¿qué es eso de impureza? no es delito de muerte, *nequaquam moriemini*; entrariamos luego en mil dudas, y aprovechando entonces la ocasion el diablo padre de la mentira, nos pintaria esta materia tan delicada y criminal como una cosa agradable á la vista y deleitable al gusto, como una nonada, con tal que se guarde el recato y la modestia á los ojos de la gente. De aquí se seguiria indispensablemente nuestra caída, y cogidos en el lazo, como esclavos suyos, le serviriamos de fatal instrumento para coger á otros con palabras, con acciones y tal vez con escritos. Y entonces ¡ay de nosotros por los escándalos!... ¡ay cuánta sangre de almas condenadas seria reclamada de nuestras manos!

10. Pero si tan grave es la malicia del deleite carnal, replicarán algunos, ¿por qué es tanta nuestra propension á este deleite? Alerta, hijo mio, no nos dejemos fascinar, no confundamos el uso con el abuso: esta propension se ordena de suyo á la conservacion de la especie humana, y el deleite, á que conduce, será lícito cuando se use segun orden, segun ley, segun el fin y dentro los límites del santo matrimonio; de otra suerte es un abuso, y abuso el mas criminal: y si sentimos una depravada inclinacion á los abusos así en esa como en otras materias, es esto una funesta reli-



quia del pecado original, que habiendo vulnerado nuestra naturaleza, la dejó desordenada de tal manera, que como dice la Escritura: *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua.* (Genes. VIII, 21). Pero no es tan fuerte esta propension, que no pueda el hombre vencerla, con los auxilios de la gracia. Dios no ha mandado al hombre cosas imposibles, sino cosas perfectas, dice san Jerónimo, y los preceptos del Señor no son pesados, dice san Juan en su carta primera. Está mandado el ser casto, pero no está mandada una perpétua continencia, es decir, no está prohibido al hombre ó á la mujer el casarse: pero está prohibido todó acto carnal fuera de los límites del matrimonio. El que se sienta con deseos de guardar perpétua continencia, pida á Dios este don, que se lo concederá, si se lo pide como corresponde; pero el que no se sienta con ánimo de guardar intacta la preciosa joya de la castidad, siga el consejo del Apóstol, quien dice: *Melius est nubere, quam uri*; mejor es casarse que abrasarse aquí en el fuego de la lujuria, y despues en el fuego eterno del infierno. Pues así como ninguno puede matarse á sí mismo, porque no es dueño de su propia vida; tampoco lo es de la especie humana, cuya conservacion de un modo legítimo y honesto es el fin peculiar de la generacion. No es lícito al hombre vivir á sus anchuras; sujétese al yugo perpétuo y vínculo indisoluble del matrimonio, así todo va en regla, se procura por la subsistencia y educacion de los hijos, y se conserva la distincion y honra de las familias: por el contrario, todo sería desórden y confusion, faltando aquel cuidado, amor é interés que por lo

comun hay con respecto á los hijos legítimos; y ¿qué sería del linaje humano? Piénsalo bien, hijo mio, y quedarás plenamente convencido de la necesidad y utilidad del santo matrimonio.

11. Y observa aquí la singular providencia é inefable sabiduría del soberano Criador. ¿Has visto un río, cuyas aguas naturalmente van corriendo, pero sin servir de utilidad particular? Lo ve un sábio fabricante; manda hacer una esclusa al través de la corriente; se detienen las aguas; detenidas se van reuniendo y multiplicando: es preciso darles algun desagadero, alguna direccion; porque así represadas, se saldria el rio de madre, y podria traer funestos resultados: para obviar tan fatales consecuencias, y al propio tiempo sacar singulares ventajas, manda formar el fabricante un canal ó acequia que las conduce á la fábrica, donde pongan en movimiento, y en cierto modo dén vida á las máquinas ó muebles inanimados. Hé aquí, comparando lo humano con lo divino, como el supremo Artifice del mundo en medio de la corriente de las pasiones del hombre forma la represa del sexto precepto, en virtud del cual se deben contener; pero viendo que están para reventar, les señala el conducto del santo matrimonio, por donde dan vida á unos seres que, si así no fuese, nunca jamás la tuvieran, á lo menos de un modo lícito, conveniente y laudable. Y á la manera que se indignaria el fabricante, si le rompiesen el dique ó el canal que ha trazado; así tambien el Criador se irrita contra toda tentativa de traspasar la represa del sexto precepto ó el canal del noveno, de tal suerte que castiga con el fuego eterno del infierno, no solo



el acto consumado, sino hasta el pensamiento, los deseos y movimientos conducentes al tal acto, si son plenamente deliberados; porque la tentativa es de tal naturaleza, é incluye en su esencia tan enorme malicia, que no admite, como dicen los teólogos, parvedad de materia. Reflexiónalo bien, hijo mio; no hay ni se admite en esta especie de pecado parvedad de materia. Es muy hermosa la castidad; pero es muy delicada: cualquier ligero soplo impuro la empaña. Amala, pues, y apréciala mas que la salud y la hermosura; *porque solo á los limpios de corazon está reservado el premio de ver á Dios.* (Matth. v, 8). Y el real profeta David pregunta: *¿Quién subirá al monte del Señor, ó estará en su lugar santo?* y luego él mismo responde: *El inocente de manos y de limpio corazon.*

### BOCA SÉPTIMA.

#### *Amor á las riquezas y honores.*

1. Hasta aquí, hijo mio, te he hablado de los peligros que nacen del amor á los deleites carnales, y tal vez con mayor extension de lo que esperabas, porque sé que este es el flanco por donde embiste el enemigo á la juventud: pero es menester que vivas prevenido contra otro género de ataques, porque aun le quedan otros medios para hacerte caer. Ya sabes lo que hay en el mundo: además de la concupiscencia de la carne hay la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Si con la gracia y la vigilancia de tu parte puedes escapar y librarte de la impureza, mira

que aun te queda que sostener fuertes combates contra la avaricia y la ambicion: esto es, contra el amor desordenado de las riquezas y de los honores. De la avaricia dice el apóstol san Pablo que es la raíz de todos los males, y que muchos por ella han perdido la fe. San Ambrosio, explicando estas palabras que el Apóstol escribía á su amado discípulo Timóteo, se produce en estos términos: La avaricia se llama raíz de todos los males, porque es capaz de admitir todo género de maldad: ella para satisfacer su apetito no repará en obscenidades, ni en homicidios, ni en maleficios, ni en vileza alguna de hechos infames. De presente carece de sosiego, porque siempre anhela; ni sosegará jamás, porque está destinada á eterna condenacion. El avaro, dice san Agustín, es semejante al infierno; pues que así como el infierno por mas almas que se haya tragado, nunca dice basta: así tampoco el avaro, aunque haya reunido todos los tesoros. Cuanto mas gana mas se inflama, dice el ya citado san Ambrosio. La avaricia tiene una particularidad fatal, y es, dice san Jerónimo, que envejeciéndose los otros vicios en el hombre, cuando se va haciendo viejo solo la avaricia se vuelve jóven. Desdichado el que cae en este vicio, porque con dificultad se corrige. ¿Qué le sucedió á Judas Iscariote? Dominado de la avaricia vendió á su divino Maestro, y ni las miradas de Jesucristo, ni las insinuaciones que le dió en el cenáculo, cuando decia á todos sus Apóstoles: Uno de vosotros me ha de entregar; ni el haberle lavado los piés; nada, absolutamente nada le hizo desistir. ¡Oh! qué bien dijo el Espíritu Santo en el Eclesiástico, que no